

**Reyes Tarazona, Roberto** (selección, prólogo y notas). *Narradores peruanos de los ochenta. Mito, violencia y desencanto*. Lima, Editorial Universitaria de la Universidad Ricardo Palma, 2012; 208 pp.

En un viejo pero aún vigente artículo intitulado “Las antologías del cuento en el Perú” (*RCLL* 2, 1975), Luis Fernando Vidal reflexionaba sobre el carácter y la naturaleza que debía de tener toda antología para poder ser considerada como tal y destacar en medio de otros intentos compilatorios. Así, para el otrora maestro sanmarquino, elaborar una antología significa lectura, valoración y revisión crítica de la tradición, así como selección de textos que nos den una idea de totalidad. En efecto, para Vidal, “una antología perfecta [...] sería la que partiendo de la captación de la naturaleza y sentido de la tradición en tal o cual modalidad de escritura, nos ofrezca selectiva y críticamente todas las posibilidades que de tal escritura se nos ofrezcan”. En este sentido, podemos señalar que la antología que aquí reseñamos no solo cumple con aquellos parámetros, configurándose como texto paradigmático, sino que viene a constituirse en la selección más acabada y rigurosa que hay en el medio sobre la narrativa breve de la denominada generación del ochenta.

El autor de la obra, Roberto Reyes Tarazona (Lima, 1947), narrador y crítico literario integrante de la generación del 68, y quien también perteneciera al grupo Narración, lleva ya publicados varios libros de carácter selectivo y antológico, como *Nueva crónica. Cuento social peruano, 1950-1990* (1990), *La caza del cuento* (2004), *La caza de la novela* (2006) y *Veinte del veinte* (2009); y ahora con la presente antología nos viene a confirmar el ojo clínico que tiene para la revisión, análisis y selección de textos de toda índole.

En esta oportunidad, el autor nos entrega un conjunto de 18 cuentos de autores peruanos de los años ochenta, que vendrían a representar los estilos, temas y espíritu de una época que estuvo enmarcada por la violencia y la desilusión, la miseria y el desarraigo, el abandono y el desencanto, diferenciándose claramente de otras apuestas antológicas existentes sobre la materia, tanto en la escogencia de relatos como en la metodología empleada (puntos importantes a tomar en cuenta, porque es allí donde radica la calidad del libro), y de lo cual daremos cuenta, brevemente, a continuación.

Hasta antes de la aparición de esta antología, en el medio existían tres selecciones dedicadas al cuento peruano de los ochenta: *En el camino* (1986), de Guillermo Niño de Guzmán; *El Cuento Peruano, 1980-1989* (1997), de Ricardo González Vigil; y *Cuentos peruanos. Generación del 80* (2004), de Óscar Araujo. En todas estas, lo plausible es el interés desplegado por el estudio de la narrativa peruana de la época, siempre relacionado con el contexto histórico, y el acierto en el señalamiento de una diferencia clara entre la producción narrativa precedente y la de los años abordados. Sin embargo, fuera de las exposiciones críticas insertas en los prólogos de cada uno de estos trabajos, son evidentes los inconvenientes formales que se pueden hallar en ellos, para el lector que requiera de una visión panorámica y clara de la producción cuentística de los años ochenta, hecha por autores de los años ochenta. Así, *En el camino*, de Niño de Guzmán, dado el año de su publicación, obviamente no podría ser considerada una antología completa, sino solo un arriesgado muestrario de la entonces reciente producción narrativa local, un conjunto de posibilidades que con el tiempo, como estaba previsto, habrían de consagrarse o caer en el olvido. Por su parte, *El Cuento Peruano, 1980-1989*, de González Vigil,

no es una antología de cuentos de narradores de los ochenta, sino un balance de todo lo producido durante esa década, por parte de autores de toda promoción, es decir un espacio selectivo en el que podemos hallar tanto textos de Zavaleta o Bryce Echenique, como de Jorge Valenzuela o Javier Arévalo. Finalmente, la antología de Araujo, *Cuentos peruanos. Generación del 80*, si bien podría considerarse la primera antología dedicada íntegramente a la creación narrativa de esta época, también evidencia ciertas limitaciones que no le permiten arrogarse el carácter de óptima. Así, por ejemplo, entre su breve selección (de solo 13 cuentos), además de no hallar textos de autores imprescindibles, como Iwasaki y Cueto, podemos encontrar cuentos publicados fuera del arco temporal estudiado, como los de Zorrilla, el mismo Araujo o Schwalb.

En este sentido, si bien no existía un vacío notable en cuanto a selecciones de cuentos de la generación del ochenta, sí era sensible la ausencia de una antología más completa, rigurosa y exclusiva sobre el objeto estudiado. El trabajo de Reyes Tarazona vendría a suplir esta ausencia.

La propuesta crítica del autor, desarrollada en el prólogo, y reflejada en su selección, se puede dividir en cinco alcances: 1) apuesta por el método de las generaciones, más por su carácter funcional y práctico que por su rigor conceptual; 2) delimita el corpus de la antología de acuerdo a cuatro criterios: autores nacidos a partir de 1950, que hayan publicado sus primeros cuentos en la década del ochenta, que presenten continuidad creativa (a excepción única de Mario Choy) y que no se hayan consagrado recién en las décadas siguientes; 3) sustenta por qué los narradores de los ochenta se diferencian de sus predecesores (en temática, técnica y género); 4) considera que durante este decenio no se cul-

tivó grandemente cuentos sobre el tema de la violencia política; y 5) divide tácitamente el conjunto en dos grupos de cuentos, a los que llamaremos cuentos rurales y cuentos urbanos.

Ahora, antes de exponer brevemente cómo se articulan estos dos grupos de cuentos (división que no aparece explícita en la disposición de los textos), hay que destacar cuan diferente y más amplia resulta esta antología con respecto a sus pares precedentes, al comprobar qué autores y textos aparecen seleccionados. Así, si bien se repiten necesariamente algunos títulos siempre seleccionados, como “La mujer invisible”, de Mariella Sala; “Caballos de medianoche”, Niño de Guzmán; “Ñakay pacha (El tiempo del dolor)”, de Dante Castro y “El secreto de Marion”, de Jorge Valenzuela, también es verdad que de autores como Cronwell Jara, Siu Kam Wen, Zein Zorrila, Carlos Schwalb, Alonso Cueto, Luis Nieto Degregori, Pilar Dughi o Walter Ventocilla, se han escogido cuentos distintos a los siempre antologados. Además, hay que resaltar el hecho de haberse rescatado dos cuentos de extraordinario valor, que solamente aparecieron en *En el camino* (1986): “Butaca del paraíso”, de Mario Choy, y “Amalia en la casa del aburrimiento”, de Rafael Moreno. También hay que reconocer la inclusión de autores no tomados antes en cuenta, como Julián Pérez, Teófilo Gutiérrez y Carlos Herrera.

Volviendo a la clasificación advertida de cuentos en esta antología, entre rurales y urbanos, apuntemos cómo se distingue cada grupo.

Los cuentos que aquí denominamos rurales son de una marcada índole popular, se desarrollan en escenarios andinos o en el interior del país, presentan una rica descripción de la naturaleza en relación a los estados emocionales de los personajes y

configuran historias y protagonistas que responden a la lógica de este mundo. La sangre, la muerte, la humillación y el dolor físico como emocional, aquí, serán elementos que aparecen más explícitos que en el otro grupo de cuentos. Así, no será casualidad que los tres únicos textos que abordan el tema de la violencia política en todo el volumen pertenezcan a este grupo de cuentos. Nos referimos a “Como cuando estábamos vivos”, de Luis Nieto Degregori; “Ñakay pacha (El tiempo del dolor)”, de Dante Castro, y “En la quebrada”, de Walter Ventocilla. En estas tres historias se narra desde la muerte, o desde el recuerdo de un muerto, de un fantasma, enmarcado en un ambiente de desolación producto de un conflicto acaecido entre subversivos y las fuerzas del orden. En los tres cuentos, la muerte se presenta como elemento resolutivo de la ficción, por lo que el lector recién se enterará todo lo que está sucediendo al final. Caracteriza a este trío de cuentos, también, el hecho de que sus narradores protagonistas presentan comportamientos de seres vivos: sienten, quieren, recuerdan, sueñan, desean, se acaloran. La diferencia estribará en la condición de cada uno de los narradores protagonistas: mientras en el cuento de Nieto Degregori, aquel es un poblador, en el de Castro, será un guerrillero, y en el de Ventocilla, un militar.

En este grupo también se incluyen los cuentos “Hueso duro” (Premio de cuento José María Arguedas, 1979), de Cronwell Jara, la historia de un hombre cuyos “huesos duros” justamente le salvaron de morir, ante una puñalada traicionera, aunque quizá luego él hubiese preferido morir, para no convivir con la humillación, el sacrificio y la traición; “Arrieros somos”, de Zein Zorrilla, una historia llena de entrecruces de voces paralelas a la narración, que trata de comerciantes avenidos en un pueblo serrano desolado y que enfrenta infructuosamente la entrada a la modernidad; “El

tiempo y el viento”, de Julián Pérez, el relato de un hombre que regresa después de mucho tiempo a su pueblo, tras haber padecido sufrimientos y dolor en la costa, con la intención de ver a su madre, para solo hallar tristeza y soledad; y “Calientes, turbios y salados”, de Teófilo Gutiérrez, Premio Copé de Bronce 1989 y publicado originalmente como “Historia de amor”, un relato que aborda el tema de la humillación más extrema que pueda sufrir un hombre, tanto que lo haya de perseguir hasta el último día de su vida.

Ahora, con respecto a los cuentos que aquí hemos llamado urbanos, y que son los más, diremos que se caracterizan por desarrollarse en ambientes citadinos, estar representados por personajes clasemedios y burgueses, y explorar, más que el dolor físico y la humillación clara, los conflictos íntimos de los hombres. Citemos a Reyes Tarazona sobre los autores de este grupo: “Para encontrar por sí mismos alternativas distintas a las sociales o ideologizadas de la década anterior, o las derivadas del boom —realismo mágico, novela total, experimentalismo—, se empeñaron en trabajar minuciosamente los aspectos estrictamente literarios de la creación literaria: el culto a la prosa, la creación de atmósferas, el uso de símbolos, la exploración de la dimensión onírica, el interés por la Historia” (16). Los creadores de este grupo de cuentos vendrían a encajar, mejor que los del primer grupo, en aquella “generación del desencanto”, de la que hablaba Niño de Guzmán, aquella llena de escepticismo, frustración, individualismo, pesimismo y desilusión.

En este grupo de cuentos encontramos los siguientes textos: “La vigilia”, de Siu Kam Wen, una historia de un triste acontecimiento acaecido al interior de una familia de la comunidad china en el Perú, narrada desde el alma noble de un niño; “La mujer

invisible”, de Mariella Sala, una historia llena de metáforas en la que la salvación de la mujer protagonista, que vive encerrada en un mundo que la aliena y no la deja ser ella misma, paradójicamente se hallará en la locura; “Christi nomine invocato”, de Pilar Dughi, un cuento narrado en dos planos temporales (desde el presente y el tiempo de la Colonia), y que desarrolla la historia de una hechicera que, a punto de morir, es misteriosamente salvada y traída al aquí y ahora del relato; “Butaca del paraíso”, de Mario Choy, una extraña y mirífica joya narrativa —tanto por la calidad poética integral del cuento como por el hecho de que su autor, aparte de otro cuento, no haya vuelto a publicar nunca más— que trata sobre la singular fascinación por el arte que puede llegar a sentir una pobre mujer sin formación y luego, como herencia, el propio hijo; “Suerte de perros”, de Carlos Schwallb (publicado originalmente en 1985, en una revista local), un relato sobre el abandono de un viejo por su familia, quien, identificado con un perro callejero, descubrirá en este el único ser que puede darle lealtad y cariño; “La distancia”, de Alonso Cueto, la historia de un mediocre profesor que repentinamente encontrará por fin un sentido a su vida, tras haber ayudado a una exalumna en un crimen; el clásico y hemingweayano “Caballos de medianoche”, de Guillermo Niño de Guzmán, una historia que empieza *in medias res* con el conmovedor diálogo entre padre e hija en la bañera y culmina con un fulminante suicidio, sin que nunca el lector se haya enterado del porqué de esta fatal decisión; “El tiempo del mito”, de Fernando Iwasaki, un relato lleno de fino humor, que narra la vida, obra y muerte “feliz” de un excéntrico arqueólogo que vive imbuido en investigaciones sobre sexo, religión y drogas en el Perú prehispanico; “Amalia en la casa del aburrimiento”, de Rafael Moreno Casarrubios, una historia de tedio, rutina y fracaso en torno a un profesor casado y padre de familia, quien antaño se

prefiguraba como un estimado escritor, aventurero y mujeriego, y que hoy ya ni siquiera una oportunidad regalada para cambiar su vida puede motivar su voluntad; “José”, de Carlos Herrera, un relato lleno de traiciones, amistades perdidas, deslealtades y de incomunicación, alrededor de un artista, que cada vez siente más crueles los cambios inevitables que se producen en torno suyo; y finalmente “El secreto de Marion”, de Jorge Valenzuela, un cuento en el que se explora notablemente el mundo interior de la protagonista, aquella que ha retornado a casa, una vez muerta la madre, para ocupar su lugar y quedarse con el padre, una decisión incestuosa que llevará adelante, una vez asumidos sus ímpetus últimos y su verdad secreta, aquella verdad que en la narración, hasta el final, solamente se había sugerido.

Hasta aquí, y a través de estos apuntes, hemos podido apreciar cómo el autor de la antología ha llegado a ofrecernos todas aquellas posibilidades representativas (en este caso, de cuentos de la generación del ochenta) que reclamaba Luis Fernando Vidal, en aquel añejo artículo citado al inicio de esta reseña, para toda antología perfecta. Sin embargo, y a pesar de las palabras de Vidal, sabemos bien que no puede existir la perfección en ningún tipo de publicación, y que por más buenas que estas sean siempre podrán ser perfectibles. En este sentido, si bien el trabajo selectivo de Reyes Tarazona es impecable, quizá pueda reconsiderar algunos apuntes del prólogo y tomar en cuenta algunos nombres de autores no incluidos —que bien cumplen con los criterios de selección del autor— para una segunda edición revisada y aumentada, como Óscar Araujo, Sócrates Zuzunaga, Alejandro Sánchez Aizcorbe, Mario Guevara, Gaby Cevasco, Jorge Eduardo Benavides y Edián Novoa, el único narrador del grupo poético Kloaka. También sería interesante si se incluyera una sección de



apertura, en la que vayan aquellos “hermanos mayores” que siempre estuvieron recorriendo el mismo camino de la generación del ochenta, acompañándolos, como Óscar Colchado, Enrique Rosas Paravicino y Alfredo Pita, quienes si bien empezaron a publicar en los años setenta, es recién en los años ochenta que se iniciarán en el cuento.

Para culminar nuestra reseña, no nos queda más que celebrar la aparición de esta antología que, como ya lo dijimos páginas atrás, viene a constituirse en la selección más acabada, sistemática y lograda de la narrativa breve de la generación del ochenta, y, en general, en un aporte realmente significativo para el estudio de nuestra historia literaria. (**Jorge Ramos Cabezas**)